



CON PERMISO

MARÍA JESÚS  
PÉREZ

## Impuestos, susto o muerte

Subir los impuestos hoy puede ser la puntilla para la izquierda, la gota que colme el vaso de la paciencia de una ciudadanía frita por la inflación

**D**ICEN las malas lenguas que la izquierda española, cuando gobierna, sube los impuestos, y visto lo visto algo de verdad hay en ello, pongan las excusas que pongan o digan en el seno del Gobierno Sánchez que es más bien cosas de políticas capitalistas – vamos, de la derecha – y que ellos, si se ven obligados a hacerlo, solo disparan a las clases altas. Ya... Ahora bien, cierto es que echando la vista atrás en el seno de un Ejecutivo Popular, fue el exministro de Hacienda en la etapa Rajoy, Cristóbal Montoro, quien recurrió en 2012 a un clásico de frases célebres para admitir que subiría los impuestos, y tirando de citas utilizó aquella de Benjamin Franklin datada en 1789 que decía «En este mundo no se puede estar seguro de nada, salvo de la muerte y de los impuestos». Con tal frase, Montoro trataba entonces de explicar al personal cómo había evolucionado hasta entonces la concepción de «impuestos equitativos», que describía además como «obligatorios pero en función de nuestra capacidad de pago».

Ríos de tinta se han vertido desde la famosa frase de Franklin entre derecha e izquierda española, porque la política fiscal siempre ha estado en el ojo del huracán, algo que vuelve a repetirse, por supuesto, hoy día. Y aunque la histórica reseña en principio simplemente tenía como objetivo dar a entender que los tributos son necesarios –prepararnos para nuevas subidas, más cuando el Estado se queda sin ingresos y debe cumplir un severo objetivo de déficit, ¡vamos, como ahora!–, quizá el proverbio original en realidad con cierto sarcasmo situaba al mismo nivel la inevitable muerte con la también inevitable cita anual con el fisco, ambas entendidas como una condena.

Vincular muerte e impuestos, pues, es un clásico, si bien, dada la situación actual de la economía, y tras la revisión de previsiones de crecimiento en España, subirlos puede ser la puntilla para la izquierda gobernante, la gota que colme el vaso de la paciencia de una ciudadanía frita por la inflación y un Ejecutivo incapaz de ver que los fondos europeos deberían servir como antipirético para bajar la fiebre fiscal en España. De momento, hay más que indicios de que los impuestos subirán más con Sánchez sí o sí, aunque lo que está por saber es el número de figuras tributarias que habrá que ajustar al alza pendiente aún de las recomendaciones de los expertos. Bien haría el PP, más allá de palabras y programas con peligro de que se los lleve el viento, en ofrecer un pacto a la sociedad española, una alianza social con los impuestos que esté dispuesto a mantener y los que eliminarán para siempre si llegan a La Moncloa, y acompañarlo con una memoria económica seria. Esa es la diferencia entre predicar y dar trigo, entre acariciar los oídos y llenar el estómago. En ello parece que están. Y si no, que le pregunten a Sánchez. Denle una vuelta.

TRIBUNA ABIERTA

## El hilo invisible

POR FRANCISCO J.  
FERNÁNDEZ ROMERO

Es la confianza el hilo invisible principal que nos une a todos en sociedad, sobre todo en democracia, donde el uso de la fuerza está muy limitado

**A**través del lenguaje se filtran verdaderos cambios culturales. Tras las palabras que se ponen de moda, hay mucho más que pura novelaría semántica. No es difícil averiguar hacia dónde soplan los vientos de la opinión pública si se presta una adecuada atención a los vocablos que irrumpen con fuerza en los mensajes de los medios de comunicación y de las marcas y líderes políticos y sociales que crean opinión y, a través de ellos, en todas nuestras conversaciones. Me referiré a ejemplos que, a mi juicio, demuestran que esos vientos hoy soplan desgraciadamente en una dirección muy clara: el deterioro de la confianza pública. Y deberíamos tener cuidado con eso porque la confianza es el sustento mismo de la sociedad. La ley solo sirve para afianzarla y apuntalarla. Es la confianza el hilo invisible principal que nos une a todos en sociedad, sobre todo en democracia, donde el uso de la fuerza está muy limitado.

Hoy se habla mucho de ‘disrupción’. Pudiera parecer que se trata de un neologismo inofensivo y de una vocación puramente tecnológica. No lo es. Lo que sugiere el énfasis en lo disruptivo es que innovar ya no es suficiente, que la innovación de verdadero valor es aquella que parte de una interrupción, de una ruptura previa. Pero este planteamiento deviene inseguro y arriesgado. Trasladar al orden social esa filosofía de la disrupción, prescindiendo de toda la experiencia y el saber de siglos, resulta transitar por un camino demasiado peligroso. Y sin embargo ese es justamente el discurso que empieza a imponerse hoy, incluso en la educación e instrucción técnica y humana. Para qué formar en los conocimientos, contenidos y valores sobre los que se erige nuestro bagaje científico, cultural y ético si todo ese bagaje será dinamitado en breve por unas tecnologías que, desarrolladas y difundidas a una velocidad exponencial, renovarán no sólo el saber actual, sino los mismos interrogantes morales, abocándonos a debates como el de la inmortalidad o la relación hombre-máquina. El concepto de reforma, sobre el que se ha sustentado el avance social a lo largo de los siglos, el cual implica a la misma vez conservación y mejoramiento, ha sido abandonado en casi todos los órdenes, cada vez más también en el político, donde la transformación de las reglas del juego y de los propios actores políticos, así como el gusto renacido por las revoluciones y los extremismos, son muestras suficientemente elocuentes de lo que supone esta tendencia desafiada hacia la disrupción.

Otro concepto cada vez más dominante, a la vez que disolvente de la confianza pública, es el de ‘rebeldía’. Frente a una comunicación social que en el pasado nos conminó a una obediencia crítica hacia los poderes públicos (legitimada por una legislación y unas autoridades públicas que eran expresión de la voluntad general) y que al mismo tiempo alentó

en todos nosotros el reconocimiento y la admiración del mérito, lo que se promueve hoy, disuelto el concepto de autoridad en el de celebridad y reducido el éxito a una dimensión económica y cuantitativa, es una rebeldía mal entendida, no basada en la defensa de causa común alguna, sino en la adhesión ostentosa a la causa propia del egoísmo más absoluto. Ser rebelde entendido como «hacer lo que a uno le da la gana», exactamente eso es lo que se conmina a practicar a los jóvenes, diseminándose la idea de que todos los demás harán exactamente lo mismo, ridiculizándose cualquier forma de autoridad o de influencia externa, y presentándose como triunfadores a aquellos que logran perseverar en su pasión individual y hacer dinero (mucho dinero) con ella.

La ‘pasión’ es precisamente otra de las palabras fetiches de la nueva era. Como también la ‘emoción’ o la ‘experiencia’. Todas ellas nos sitúan en un escenario semántico copado por el individuo y sus selfies: sus gustos, sus preocupaciones, sus intereses, sus motivaciones, sus likes... Un territorio totalmente distinto a aquel otro en el que nos educamos los de mi generación, en el que palabras como afecto, amistad, familia, solidaridad o ciudadanía protagonizaban el lenguaje sobre la felicidad, orientando nuestra atención en los demás y depositando nuestras expectativas no tanto en la realización de nuestros deseos como en nuestra contribución a la sociedad. Incluso la palabra resiliencia, con toda su carga peyorativa hacia la presión del entorno, con todo su mensaje de coraje para un individuo que se niega a doblegarse y rendirse ante una mayoría hos-



ABC

til, nos coloca en un escenario falaz donde lo público aparece como algo tiránico y opresivo, donde la sociedad agrede y el individuo aguanta en pos de su felicidad.

Para recuperar la confianza pública en lo público, algo que es fundamental en democracia, necesitaríamos colocar la felicidad en su territorio genuino, que es el de la ciudadanía y la relación de los demás, lo que implica, en gran medida, recuperar esos conceptos de reforma, reconocimiento, afecto e integración que están siendo abolidos y sustituidos por los ahora mucho más atractivos de disrupción, resiliencia, pasión, rebelión, etc. Es preciso advertir a los jóvenes que el lenguaje no sólo refleja sino que moldea la realidad, y abrirles los ojos sobre la enorme carga ideológica que contienen estos nuevos conceptos a los que se entregan entusiastamente, sin ser conscientes de lo que implican. Y lo que implican es el fin de la confianza y de todo aquello que nos une a los demás y con nuestro pasado. Es decir, la destrucción del hilo invisible de la sociedad.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ ROMERO ES SOCIO-  
DIRECTOR DE CREMADES-CALVO&SOTELO